

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Para que no se olvide.

Encolerizado estaba Papamoseas con las autoridades, por la indiferencia que manifiestan á las denuncias de los abusos que tanto en este periódico como en los demás de la corte, se estampan sin cesar.

—¿Ha visto V., tío, decía, unas cabezas mas testarudas y mas llenas de viento? ¿una presuncion mas ilimitada?

—Válgame Dios, Serapio, qué sofoquinas tomas por cosas que no has de remediar! ¿Cuántas veces te he dicho que los hombres del poder no retroceden jamás de sus caprichosas determinaciones, por absurdas que sean, y particularmente á instancias de otro hombre que no tiene ninguna autoridad?

—Conque en resúmen, tío mio, todo cuanto se desgañitan los escritores, viene á ser lo mismo que sacar agua del mar para vaciarle?

—Ni mas ni menos, sobrino querido.

—Vea V. qué majaderos! y están ellos tan envanecidos con sus papeletes, creyendo que dirigen la opinion de los gobernantes! ya veo que no hay cosa mas fátua que un escritor público-político-satírico, porque pasan su vida mordiendo á la lima de acero, como la serpiente de la fábula; pero como no se puede resistir el deseo de gritar contra las

irregularidades, yo me desespero y quisiera que todas las autoridades estuvieran tan cerca de mí como V., para atronarlas la cabeza con el continuo sonsonete, de cuanto veo fuera del orden regular.

—Advierte, Serapio, que si las autoridades hicieran caso de todo cuanto les contradicen, cometerían mil desaciertos, porque ¿quién te asegura que las indicaciones de los escritores públicos, no sean también caprichosas y absurdas? ¿Acaso tienen más derecho que los demás hombres para conocer la verdad? ¿No sabes que todos somos idólatras de nuestras opiniones, y que la mayor de las tiranías es querer sujetar el pensamiento de los demás á nuestras propias convicciones?

—Pero ¿qué maña tiene V., señor D. Cenón, para sacar la burra de los atolladeros! en empezando á echar algarabías no hay diablos que le atajen. ¿Qué capricho cabe en decir á la autoridad municipal, por ejemplo, «haga V. que se cumpla el mandato de no poner tiestos en las boardillas, ni puntos descubiertos, porque días atrás en la calle de San Juan se cayó un tiesto á las tres de la tarde, desde el tejado de una casa muy alta, y si como le faltó poco hubiera descansado sobre algún prójimo, lo manda de embajador á los antípodas.» Ya vé V., tío, que la caída de un tiesto, es cosa bien material, como puede V. probarlo recibéndole en las costillas, y en esto no creo que cabe aquello de ver las cosas de distinto modo, como tampoco cabe en decir que el empedrado de las calles subalternas está peor que el de Vallecas, que es con todo lo malo que se le puede comparar. Pues bien: por este orden, hay tantas y tantas cosas, que estomagan á los que pagan las contribuciones para sostener el aseo y comodidad en la población, que no acabáramos nunca de mencionarlas. Así, pues, he resuelto escribir una carta al señor corregidor para que llegue á sus manos con más seguridad, y en este momento me marcho á mi cuarto á ponerlo por obra.

—No me parece mal pensado; pero mira cómo sientas la pluma, no te sienten á tí sobre un burro, y tengas que ir á concluir tus días con los moros.

—Nada tema V., pariente mío; vuelvo al instante.

—Papamoscas marchó á su cuarto, y después de un breve rato se presentó con la carta escrita en estos términos:

«Señor conde de Vistahermosa: Muy señor mío y amigo, y de mi mayor aprecio y estimación: Esta solo se dirige para decirle á V. que yo soy Serapio Papamoscas, sobrino de D. Cenón Toca la flauta, y que me ocupo en escribir muchas necesidades en un periódico que lleva mi nombre; y como en mi penúltima necesidad dí á V. cuenta de un pudridero de tripas, cuernos y otros esquisitos manjares, que se hallan aromatizando la atmósfera en el cerrillo del Rastro, y como también avisé á V. de lo poco estomacal que era para los pulmones y para la ropa, la polvareda que levantan en el centro de la mañana los encargados de las polvaredas públicas, y en fin, como ya tengo avisado á V. de tantas otras cosas, y á todas me da la callada por respuesta, y veo que ni de palabra ni obra me responde, porque las polvaredas siguen, los coches corren, y el cerrillo del Rastro no ha tenido ninguna visita de parte de los señores comisionados del aseo público, ni de los papatachos de la junta de sanidad, me ha parecido muy del caso dirigirme á V. en estos términos, para que no alegue ignorancia en lo sucesivo. Como amigo le aconsejo, que haga caso de sus amigos, en aquello que sea justo, porque V. no sabe, como yo, las habillitas y chismorreoteo que anda por todas partes, y me parece que vale más tener amigos que enemigos, bien sea uno conde, bien fabricante de buñuelos. Espero no

tendrá V. á menos contestarme si tiene un ratito de lugar, y no ofreciéndose otra cosa, mande V. como puede á su amigo y servidor, que desea servirle y B. S. M.—*Serapio Papamoscas.*»

Posdata: Cuando se trate de empedrar alguna o'ra calle con adoquines, tenga V. la bondad de mandar que no pongan huecos debajo de la última capa de tierra, para que los que hacen que aprietan con los mazos de corte, puedan apretar de veras y con mas energía, y de esa suerte no se quedarán dormidos apretando, aunque me parece mas conveniente que se les alojara á ellos el jornal y particularmente á los sobrestantes, para que el apretado fuera mas en regla; porque desengañese V., mientras el asiento de los empedrados, no esté preparado con la debida solidez, nunca serán buenos sino el primer dia: *Véase la puerta del Sol.*

Don Cenon aprobó la carta, y Serapio fue á ponerla en el correo.

Ventas.

En grave alarma pusieron á D. Cenon ayer tarde unas risotadas atroces que oyó en la escalera de su casa: al mismo tiempo que tiraron fuertemente del cordon de la campanilla. Levantóse apresurado y abrió la puerta, notando con estrañeza que el que tanto reia era su sobrino, que entró apretándose los hijares con los puños.

—Qué es eso, Serapito? qué diablos de risa es esa?

—Ah! ja! ja! ja! ja!

—Pero hombre! espícatel qué tienes?

—Ah! ja! ja! ja!

—Dale, bota! acabarás con tus carcajadas?

—Ja! ja! ja! ja!

—Maldito! habla, que ya me voy impacientando!

Así diciendo se fue tras de Serapio, que entró en el gabinete, y se echó en una silla sin dejar de reir.

—Mira, Serapio! te juro por el bonete del clérigo, mas feo que haya en Madrid, que si no cesas en esa tonta manía, te tiro á la cabeza los anteojos.

—Ayl tio de mis entrañas; déjeme V. que me ria todo lo que quiera, pues el caso no es para menos.

—Pero qué pasa?

—Oiga V. lo que á contarle voy... Ah! ja! ja! ja!

—Serapio!

—Pasando yo ahora por la puerta del Sol, me he encontrado un amigo que se llama Paco, rico muchacho y de prendas estimables: pues señor, apenas me vió, se vino á mí con los ojos alegres, y me dijo: «Papamoscas, te voy á dar una noticia: el jefe político y corregidor de Madrid, una sola persona como sabes, picado altamente con la continua guerra que le haceis tu tio y tú, ha determinado compraros el periódico; es decir, que os va á ofrecer una cantidad respetable para que cerreis el pico, y no deis al público sus debilidades.» Ah! ja! ja! Mírele un corto espacio, y en seguida soltó el trapo á reir, y me vine á dar á V. la noticia... Ah! ja! ja! Ha oido V. disparate mas gordo en su vida?

—Y por eso no mas te ries, Serapio?

—Por eso, y porque sé que V. es incorruptible: así, pues, me sola-

zo de antemano con el soberano chasco que se va á llevar el corregidor cuando entable las negociaciones.

—Mira, Serapio, has tocado un punto en que se dice está interesado el honor del hombre, y por ello te quiero hablar con formalidad. Desde luego puedes creer que todo eso es mentira: 1.º Porque nosotros nada valemos, y por consecuencia nada se puede ofrecer por nuestro silencio. 2.º Porque nuestra guerra al jefe político, si guerra puede llamarse, no es de las que comprometen la salud pública ni el porvenir de la nación. 3.º Porque en las actuales circunstancias no tiene el gobierno necesidad de valerse de esas armas para quitar de enmedio enemigos suyos: la situación que ocupan les ha creado el poder de matar un periódico con una sola plumada; por ello sería una necedad gastar el dinero inútilmente. Y 4.º...

—Calle V., y á ver si yo acierto la 4.ª razón; porque no tiene el corregidor bastante dinero para comprarle á V.; es decir, que V. no se vendería por ningún concepto.

—Oyeme, Serapio: sin poderlo yo remediar, los absurdos acontecimientos que ha habido en España desde 1808, me han hecho ateo en política. Quién reconocería hoy en el capitán general de ejército, duque de Valencia y presidente del consejo de Ministros, al teniente Narvaez, que por los años de 1822 hacia en Antequera mil calaveradas, que yo me sé y todo el mundo sabe? Quién vería hoy en el Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo, ex-ministro de Estado y gran cruz y diputado etc., etc., al andrajoso *Ibrahim Clarette* que entonaba no hace muchos años en el *Guirigay*, báquicas canciones, insultando á la misma que despues ha venido á ser su mas decidida y cariñosa madrina? Quién diría que el que entonó *salves* y mas *salves* en el Congreso, apoyando con todas sus fuerzas los deseos de un partido vergonzante, se vería despues aprisionado por el mismo bando? Quién habia de figurarse que el escritor que se habia creado amplias facultades para insultar á todo el mundo (Fray Gerundio), huiría despues atemorizado por el solo baston de un hombre? Quién era capaz de concebir...? Pero á dónde voy á parar Serapio? muchos ejemplos pudiera citarte, llenos de baja y de inmoralidad y que bastarian á convencerte que desde el primer hombre hasta el último, todos se venden: solamente existe la diferencia en las cantidades que han de percibir.

—Pues qué quiere V., tío mio; á mí se me figura que nosotros seríamos capaces de resistir las tentaciones.

—Y yo creo lo contrario, fiándome mucho menos de los que dicen lo que tú, que de los demás: sírvate de regla, sobrino, que todo el que proclama incorruptibilidad y pureza en sus pensamientos, es mas susceptible de venderse y por menos dinero que otro cualquiera. La política no es mas que un juego de cubiletes; los hombres que están en escena metidos en él, saben perfectamente en qué consiste: el pueblo que es espectador, sale siempre engañado. Que oyes decir á un escritor:—el gobierno es un pícaro—nos lleva á la esclavitud—nos tiraniza—ese escritor no habla con el corazon en la mano: guarda en él algunas palabras que no puede pronunciar: así es que cuando leo un artículo que respira furia y veneno contra los gobernantes, me río, porque conozco que su autor ha debido decir:—el gobierno es un pícaro, *porque no me dá turrón*: nos lleva á la esclavitud, *porque no me dá un destino gordo*: nos tiraniza, *porque no me hace diputado*. Este es el juego, querido, este es el juego y el punto á donde van dirigidos los tiros de los preceptistas. El pobre pueblo, sufrido y bueno siempre con los ma-

los, lee esos artículos, atestados de palabras halagüeñas y seductoras: se entusiasma y compromete por encumbrar á los que tan bien escriben y el resultado para él es el mismo: carga y esclavitud.

—Jesus! qué feo se pone V. para decir esas cosas, tío mio.

—Serapio! tú no conoces esta verdad en toda su estension como yo la comprendo: hombres hay en este Madrid á quienes he oído decir mil veces, que todo el oro del mundo no bastaría á hacerles callar: que nada les aterraria hasta el grado de hacerles variar de pensamientos: ¡pobres hombres! esos tienen mas deseos, me consta, de subir á la tribuna, de escalar el poder, de figurar entre los asesinos de la nacion española.

—Mire V., tío, si vamos á eso, razon tiene V. que le sobra: ¿Quién habia de decir no hace mucho que un periódico, cuyos redactores han sido presos por verdaderos liberales y que habian enarbolado la bandera de verdadero progreso, se habia de vender *miserablemente* en estos últimos dias al gobierno?

—¿A qué periódico te refieres? ¿Al *Heraldo*?

—Ave María! qué barbarismo!

—A la *España*?

—Qué brutalidad!

—Al *Católico*, al *Clamor Público*, al *Siglo*?

—Qué disparate!

—A la *Esperanza*, al *Observador*, al *Camorra*...?

—Es V. muy torpe, querido mio.

—Al *Popular*?

—Menos.

—Entonces...

—Pero ¿á qué viene ese afan de saberlo? sea cualquiera no importa á la cuestion: lo único que puedo decir á V. es que por allí no corre otra voz que la de que un periódico se ha puesto de acuerdo con el ministro de la Gobernacion.

—No me estraña, Serapio, y me alegro de que haya un reciente ejemplo de lo que te he dicho: por lo tanto deja otra vez esas risas burlonas y sabe, que el periodismo y la tribuna, no son otra cosa que mentiras encubiertas con trages magníficos y deslumbradores; sepulcros con pulidas losas de mármol; esteriormente hermosura y brillo; en el interior miseria y podredumbre.

D. Ramon Adame.

Original de este caballereite, y con el título de *¡Ya hice fortuna!* vió Papamoscas el otro dia anunciada una comedia en un acto y por cola ó apendice las siguientes coplas:

Público que ilustrado
Si no te hallas apurado,
Te divertirás de contado
Voy á decirte reverente;
Que me compres solamente
Esta linda produccion;
No pierdas esta ocasion
Y la tomas al momento
Pues me pondré tan contento
Hé... te lo digo sin pasion.

Gustóle tanto la idea del anuncio, que no pudo menos de acercarse á la librería de Cuesta y comprar la indicada comedia por el módico precio de 26 cuartos. No le pareció de buen agüero que estuviese impresa en la calle del *Osio*; pero sin embargo, determinóse á leerla de cabo á rabo, y con efecto, su contenido le dejó completamente satisfecho; qué imágenes tan bellas! qué enredo tan natural y sencillo! qué desenlace tan cabal! qué peripecias tan cómicas! qué excelente lenguaje! está escrita en prosa... pero qué prosa tan berza! Papamoscas no puede menos de dar á sus lectores una idea de tan magnífica producción.

Los personajes que hablan en ella son, entre otros, cinco inteligentes en pinturas, un aficionado idem, una música, un gato y un cuadro de Murillo; la accion pasa en una prendería: El argumento de esta ingeniosa fábula consiste en que un prendero tiene un cuadro, que unos dicen vale mucho y otros nada, que algunos creen ser de Murillo y otros un mamarracho; y en que un gato olfatea un pedazo de carne metido en un canastillo, y por cojerla echa todo á rodar: al fin el cuadro se vende en sesenta mil reales, y con este motivo hay *gaudeamus* en la prendería, y vino y música de sobra. Ya pueden considerar los lectores cuánto habrá tenido que trabajar el buen Ramoncito para coordinar semejante enredo. Leida la comedia con detencion se encuentran trozos lindísimos que sería difícil enumerar; sin embargo, no se puede resistir á la tentacion de citar algunos, tales como aquél en que un inteligente en pinturas se propone probar al prendero que antiguamente se pintaba mejor que ahora, para lo cual le dice:—no hay duda de que se adelanta mucho; pero como lo antiguo, nada;—y aquello otro de cuando se marcha el inteligente y dice el dueño de la prendería á su criado:—toma este cuadro y cuélgalo con los otros... y sino no le cuelgues... se me ha ocurrido otra cosa: mira, suelta el cuadro... cuélgalo...—etc. Sigue la comedia su curso y descubre el amo la superchería del criado que ha escondido la carne en el canastillo y cuando la está reconociendo esclama:—gente viene. (*Guarda la carne en un papel y la mete en el bolsillo*); qué magnífica inspiracion es esta nota! Y qué me cuentan Vds. de aquello otro cuando el criado se finge malo por no haber comido y su amo se alarma diciendo que será efecto de no haber tomado nada y un D. Pascual que hay de visita esclama:—es porque no tenia V. para darle—esto por mas que se diga es sorprendente! pero cuando sube de punto la admiracion, el asombro y el entusiasmo, es cuando el mismo D. Pascual dice:—somos muchos restauradores buenos y malos, lo mismo que son los cuadros: en los cuadros los hay tambien buenos y malos. (*Se suena las narices con un pañuelo*). Esta nota ¿á quién no causa un sofocon de alegría y de admiracion? por último, para no promover una hidrofobia á los lectores con el relato de tantas bellezas, baste contar que despues que el D. Pascual, comiendo, dice:—no está malo esto: en la fonda de Europa lo hacen bien, tambien hay otras que lo hacen con equidad,—concluye esta bellísima comedia con lo siguiente: Empieza la música con la jota y despues tocará el Tango americano, repitiendo ambas cosas, y al concluirse dirán todos «bien... bien...» á esto sale D. Tomás, se pone próximo al apuntador, y dice:

¡Ya hice fortuna! aunque poca
Si se pone en parangon
Con las que en esta nacion
Reparte la suerte loca.
Para meter por la boca

Ya tengo lo suficiente
Y al público que indulgente
Ha visto esta produccion
Una palmada y perdon
Le suplico reverente.

¿Quién no dirá que este *reverente* es hermano carnal del otro *reverente* del anuncio?... público amigo! aunque no creo que indulgente ni intolerante hayas visto la produccion, como su autor lo dice, te ruego que la compres siquiera sea para pasar un buen rato en estas largas horas de siesta. Mientras yo me despido del moderno escritor dramático con la siguiente coplilla que le dedico.

A DON RAMON ADAME.

Sigue, sigue, Ramón, tu rumbo cierto
Hasta llegar al templo de la gloria!
Emulo digno del valiente Puerto,
Lega tu nombre á la española historia!
Las musas te preparan un concierto
Y un soneto ademas á tu memoria:
No dejes, pues, que la ocasion se pierda!
Te aguarda una corona... sí... de...

Los lectores pueden aplicar el consonante que falta, del modo que tengan por conveniente.

Carta de mi corresponsal de la Granja.

Real sitio de las Tonterías 18 de Julio de 1848.—Pichon mio de mi corazon: Anteayer ha estado en el Paular, tu pueblo, el señorito rey con una porcion de gente: fué á ver el monasterio, y regresó aquí muy temprano: los ministros le acompañaron á escepcion de nuestro salvador el compadre Narvaez, por haberle atacado de pronto una diarrea espantosa de resultas de haberse comido la trucha viva que te anuncié en mi anterior. Siguese disponiendo para el 24 la *soirée* ó sea *raout* que tambien te digo: los caballeros irán con la *cláusula marginal de frac*. Háblase mucho de las reuniones que preparan la condesa de A, la marquesa de B, la duquesa de C, la baronesa de D, la vizcondesa de E, la archiduquesa de F, la princesa de G y la señora de H; pero de todo esto podrá darte una razon mas exacta el folletinista de *El Herald* que entiende mucho de estas cosas. Hay en este pueblo una casa de baños que se llama *de la Calandria*, y te advierto entre paréntesis que no hay pocas en el sitio, á la que se prendió fuego ayer tarde; pero habiendo acudido la tropa, pudo cortarse en menos de un año: esta casa tiene encima la maldicion de Dios; casi todos los veranos sufre igual suerte. Se prepara una expedicion á *Riofrio*, á la cual concurrirá toda la gente de escaleras arriba. Mañana corre la fuente *de la Rendija* como corrió ayer y hoy: todos los dias hace igual operacion: la concurrencia de hombres á esta fuente es muy numerosa. El paseo de las gentes este año, se ha *circunscrito* al camino de Segovia, y yo como *tonto* lo he adoptado tambien. Adios, adios... veo salir de palacio á la *mamá*, los niños y demás familia, y me voy tras ellos. Ya te daré noticias de lo que ocurra.—Tu amigo, *Canuto Poquitacosa*.

Teatro de la Cruz.

Si todos los cantantes que hasta el día han ejecutado óperas *bufas* en Madrid, hubieran pronunciado el italiano con la gracia y claridad del Sr. Salas, mas estimado sería este género de música. En la noche del domingo próximo pasado se puso en escena *Il ritorno de Columella*, cuyo *spartito*, visto ejecutar principalmente la parte de *caricato*, por el antedicho señor, llega á dudarse, y con razon, si Columella es hijo de Salas, ó Salas de Columella; tal es la manera con que aquel eminente artista español comprende y hace sentir el carácter de su personage favorito. Los demás actores de la compañía hicieron en la citada noche visibles esfuerzos para agradar, siendo bien recompensados por el público: no dejáremos de consignar que nos agradó mucho la interesante y graciosa señorita Maiquez en su parte de *Serpina*. Oh! si su voz fuera tan hermosa como sus ojos!...

Kionuy.

Con este nombre se presentó por fin el martes último en el circo de Mr. Paul el tan deseado elefante, de que habian hablado todos los periódicos de la capital. Si no llenó completamente los deseos del público, no debe achacarse á otra cosa que al extraño contraste que se notó entre la ligereza de los caballos que habian jugado antes, con la inaudita pesadez innata en aquel animal; y con efecto, despues de haber visto la rapidez del *Ardiente* y del *Ali*, no hay bastante paciencia para seguir al elefante con sus piés de plomo: por eso cree el Papamoscas que debia haber salido en la primera parte del espectáculo; sin embargo, es de admirar la calma que habrá necesitado su dueño para enseñar á este animal: por ello, aun las cosas mas insignificantes que hizo, merecen elogio: la accion de echar el napoleon en la caja, el baile y la comida fueron las habilidades que mas llamaron la atencion: la concurrencia era mas numerosa que nunca; así es que el calor fue insoportable.

Moral-zarzal.

De esta ganadería eran los seis toros que se lidiaron en la tarde del lunes 17 del corriente, tercera de la competencia entablada de *mentirigillas*. Los bichos fueron buenos, bravos y querenciosos: con alguna leve escepcion: despacharon entre todos diez y ocho caballos, y entreuvieron bastante bien á los aficionados: en honor de la verdad, debemos decir que la autoridad se interesó bastante en el lucimiento de la corrida (tal vez sea muy amigo de Fuentes): que la cuadrilla trabajó con fé, especialmente los espadas, y mas en particular Cúchares: que el servicio de la plaza fue de mejor condicion que otras veces, y que los mozos y demás asistentes se presentaron al fin con alguna decencia. ¡Gracias á Dios que podemos decir algo en elogio de la empresa! Tenemos un verdadero sentimiento en guardar silencio respecto á los picadores: ellos se enmendarán...

Madrid. — Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6. — 1848.